



Antropólogo
especialista en gestión
de proyectos urbanos
(luarduse@yahoo.es).

Necesaria participación de niñas y niños en la gestión socioambiental

..... || **Luis Armando Durán**



*...en verdad, la separación de mente y naturaleza no
tiene lugar en el pensamiento ni en la práctica.*

Tim Ingold

La administración sustentable del ambiente es uno de los desafíos vitales a los que se enfrenta el país. El problema radica, en términos de la ecología política, en que nuestras formas de participar, distribuir, habitar y utilizar los recursos naturales generan conflictos y problemas de orden social, económico y político, que se expresan a nivel personal, local y regional. En este contexto, se vuelve ineludible la construcción de agendas, saberes y políticas adecuadas a la dimensión social del problema ambiental, elaboradas con enfoques inclusivos, plurales y transdisciplinarios.

La temática ambiental ha dejado de ser una extravagancia de unos pocos filántropos y conservacionistas y hoy se encuentra en el centro de las discusiones publicitarias, académicas y de la sociedad civil. Por esta razón, las ciencias sociales han de cumplir un papel fundamental en el discernimiento de las razones y formas de las acciones humanas



Volver al índice

con respecto a la naturaleza. Empero, las energías deberían focalizarse en meditar la relación naturaleza-humanidad como un “sistema complejo” (Morin, 1995); es decir, como un ecosistema donde se vincula condicionalmente un todo “vital”. Se trataría, entonces, de percibir las interacciones e interdependencias, que siempre tienen profundas raíces, entre elementos bio-geo-climáticos y los antropo-psico-sociológicos.

En el presente texto se esboza una pequeña propuesta, de disposición reflexiva y política, para intervenir y conocer la cuestión social de lo ambiental vinculada a la niñez. Por lo tanto, pretende entregar motivaciones y herramientas conceptuales que permitan generar aplicaciones para una gobernabilidad asociada a la gestión socioambiental incorporando a los niños y a las niñas como participantes activos. Sin duda, esta alternativa colaborativa es una valiosa posibilidad de producir conocimiento y de evidenciar su composición heterogélica.

Son escasos, por no decir inexistentes, los trabajos de acción socioambiental que se interesan en integrar los puntos de vista de los niños y niñas. Cuestión sintomática de un proceso general e histórico donde las relaciones adultocéntricas dominan casi la totalidad de las agendas sociales (Ariès, 1987; De Mauss, 1974; Delgado, 2001). Recordemos que los niños y niñas, a partir del siglo XIX, comenzaron a ser intensamente protegidos respecto de lo “público” y tuvieron

un repliegue hacia las esferas “privadas” y “hogareñas”. Apareció la infancia como una categoría de tránsito, como una etapa de preparación para lo que sí vale; la niñez como expectación, valorada por lo que será o dejará de ser. La etimología misma del vocablo infante (del latín *infantis*: “el que no habla” o “el que no puede hablar”) es bastante reveladora de esa condición. Y, justamente, ha persistido una concepción de la infancia dominada por la falta de “palabra”, de criterio, de responsabilidad, de discernimiento y de madurez (Pedraza, 2000). Esta invisibilidad se debe no solo al estatus jurídico dependiente que se les asigna, sino también a las limitaciones conceptuales relativas al campo del ejercicio “político” y a lo que consideramos una participación efectiva. Negación que no sucede con los mayores de edad o adultos, que son considerados seres políticos, juiciosos y racionales, es decir, completos y plenos.

Esta percepción ontológica de la infancia como una etapa de mera gestación para la adultez, como una manera de obtener el conocimiento propio del adulto, sus destrezas y habilidades, carece de toda aproximación émica (una mirada “interna”, una visión desde los participantes) y se muestra indolente frente a las posibilidades de la alteridad cognitiva y de las potencialidades que despliega el niño y la niña. Desde este tejido es trascendental cuestionarse cuál es el papel actual del niño y la niña en la producción de saberes sobre el ambiente y, a la vez,

desmitificar el papel de los adultos como exclusivos y únicos calificadores sobre el tópico.

Parece que el niño no tiene voz para “discutir” sobre el ambiente, primero porque “no es su lugar” y, segundo, porque su rol está subordinado en casi todos los aspectos a una figura de autoridad (el padre de familia, el maestro de escuela, el cuidador, etc.). Los niños son vistos como seres indefensos, dependientes y, principalmente, indoctos ante el mundo en general. Esto a pesar de que constituyen aproximadamente la mitad de la población mundial y de que realizan una gran cantidad de actividades significativas. Aun así, los cambios ecológicos y sociales se negocian por encima de ellos o bien a sus espaldas. El saber de los adultos es el que ha tenido legitimidad y poder.

Subestimarlos supone ignorar que en cualquier contexto, de un modo u otro, los niños son parte de las actividades productivas y reproductivas, de las prácticas en el entorno ambiental, ya sean educativas, familiares, de salud, de trabajo, etc. Desconocerlos implica ocultar relaciones, colocar en lugares secundarios o marginales colectivos sociales que son centrales para entender dichas prácticas y minimizar categorías analíticas etarias y generacionales. Las visiones de los niños, de la misma forma que la de los jóvenes y adultos, tienen una influencia importante en las interacciones humanas con el entorno ecológico. No tenerlos en cuenta implica dejar fuera manifestaciones de los hechos.

Considerando este lastre histórico, incorporar la niñez en la gestión socioambiental aparece como proyecto político, en tanto transformador de condiciones; y como una vía para la construcción de un “saber ambiental”, en tanto responsabilidad y ética sobre la naturaleza. Las estrategias para combatir estos modos de obviar a los niños parten no de la “inconclusión” de su desarrollo, sino de lo activos que estos son en las dinámicas de socialización. Por lo tanto, resulta interesante dialogar y construir con ellos y, sobre todo, escucharlos en tanto pueden enseñar nuevas “cosas” a los adultos.

Ahora bien, politizar la gestión -recordando que se trata siempre de un “con” los niños y niñas y no de un “sobre” o “para”- no pasa en lo absoluto por incluirlos en las intervenciones como actores inocentes, neutrales o simplemente como “uno más”; significa, más bien, incluirlos como actores con agencias, con voces y con acciones políticas. Así, la consideración de niños y niñas como sujetos políticos, como interlocutores y partícipes del trabajo, conlleva una crítica de las visiones pedagógicas y antropológicas adultocentradas. Facilitarles “voz”, y no hablar por ellos, es propiciar ciudadanías amplias.

¿Pero qué significa en realidad dar “voz” a los niños y las niñas? Partiendo del derecho que ostentan como ciudadanos, representa articular herramientas para influir en las condiciones de sus vidas y en todos los aspectos posibles sobre sus vivencias. Acá se tiene que superar el problema de la palabra hablada, por

ejemplo, a través de actividades como juegos, cuentos, dibujos, caminatas, pláticas y fotografías como formas de atender las diferentes preferencias de los niños y sus habilidades expresivas. Es necesario lograr una “empatía crítica”, una “escucha amplia” (atenderlos y dejarlos hablar) para, posteriormente, construir en conjunto los proyectos e intervenciones (Warming, 2010).

Esta propuesta procura evidenciar que niños y niñas tienen agencia, descifran el mundo, son interlocutores y actúan en él de acuerdo a sus categorías, clasificaciones y juicios. Ni son receptores inactivos ni están despreocupados por lo que pasa; son partícipes del ecosistema en el que se desenvuelven. Dado esto, el principal logro de esta agenda sería valorar el sentido común y las praxis que produce esta población en su diario vivir desde sus contextos inmediatos (Barraza, 1999). Los y las infantes poseen experiencias particulares de construcción de significados sobre sus nichos que son igualmente válidas, como todas las de los otros colectivos sociales, en el conocimiento/intervención de la realidad social y ambiental en la que se desenvuelven.

A partir de esto, se debe: (1) idear una *metodología* y una *técnica* creativa, participativa y efectiva (Milstein, 2010) que permita la sensibilización de los niños y las niñas hacia los aspectos naturales y los problemas ambientales, y (2) incentivar un modo particular de mirar, dibujar, contar y leer el hábitat acogiendo

nuevas categorías de análisis, de gerencia y de proyección que permitan asimilarlos como protagonistas de una sociedad en la que aspiran a ser reconocidos como partícipes. La utilidad inmediata de tal “giro” reside en que entre más nos acerquemos a estas visiones y actitudes etarias tempranas los programas que se implementen serán más eficaces y acordes a los espacios concretos, incidiendo en dimensiones cotidianas (Durand, 2008).

Podemos apreciar cuán complicado es para los niños y niñas afirmarse como actores sociales con injerencia; cuán intrincado es el camino para abrir un enfoque que permita considerarlos personas “competentes” en los debates ambientales; y cuán implicados debemos estar con la causa. Si bien hoy en día se ha logrado su reconocimiento como sujetos de derechos, aún no estamos del todo preparados para un reconocimiento real de la infancia como sector político.

Para finalizar, se debe enfatizar en la centralidad que tendrán las narrativas producidas durante el proceso de trabajo con los niños y niñas, expresadas en sus diversas formas -verbales, sonoras, visuales, escritas-, como modos de análisis e interpretación cruciales para la gestión socioambiental. Estas experiencias seguramente dejarán una gran enseñanza con respecto a la necesidad de tener interpretaciones construidas de manera colectiva con niños y niñas en su propio hábitat. Esto permitiría indagar/intervenir intereses y preocupaciones en relación con su

entorno cercano, siendo la base para el diseño de propuestas de educación ambiental y de iniciativas públicas y privadas.

Desde las habilidades armonizadas de las ciencias sociales y ambientales, reconocer la agencia de los niños y niñas, y realizar indagaciones/intervenciones participativas con ellos y ellas, permitirá tanto identificar sus voces y visiones como transportarnos directamente al diseño de programas y proyectos vinculados que realmente respondan a sus problemas, necesidades, intereses y anhelos. Y, con ello, participar de una agenda mayor que buscaría gestionar las dinámicas del entorno construido desde los diversos actores en el tiempo y a través de la socialización de las prácticas, percepciones y entendimientos de la naturaleza.

Los niños y las niñas no son estrictamente el “futuro”, como muchos profesan, son también el “presente”, un presente tan real como necesario. No se puede postergar el “aquí” y el “ahora” de ellos y ellas.

Referencias bibliográficas

- Ariès, Philippe. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Barraza, Laura. (1999). Children's Drawings About the Environment. *Environmental Education Research*, 5 (1), 49-66.
- De Mause, Lloyd. (1974). *The History of Childhood*. Nueva York: The Psychohistory Press.
- Delgado, Buenaventura. (1998). *Historia de la infancia*. Barcelona: Ariel.
- Durand, Leticia. (2008). De las percepciones a las perspectivas ambientales. Una reflexión sobre la antropología y la temática ambiental. *Nueva Antropología*, 21 (1), 75-87.
- González, Paula. (2004). *Imágenes de ciudad. Percepción y cognición en niños de Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Milstein, Diana. (2009). *La Nación en la escuela: viejas y nuevas tensiones políticas*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editorial.
- Morin, Edgar. (1995). *Sociología*. Madrid: Tecnos.
- Pedraza, Zandra. (2007). “El trabajo infantil en clave colonial: consideraciones histórico-antropológicas”. *Nómadas, Revista de la Universidad Central*, 26(1) 80-90.
- Warming, Hanne. (2011) Getting under their skins? Accessing young children's perspectives through ethnographic fieldwork. *Childhood*, 18(1), 39-53.



Pinturas realizadas por niños y niñas de las comunidades josefinas de barrio Cuba (urbana) y San Ignacio de Acosta (rural) a través de las que se puede visualizar y analizar los componentes del hábitat del infante.